

Para saludar los poemas y sonetos
de Adolfo Sánchez Vázquez. Epílogo

ADOLFO CASTAÑÓN

Cuando terminaron de tocar las doce campanadas que anunciaban el mediodía del 13 de junio de 1939, empezó a desembarcar en Veracruz, bajo un sol de justicia y una atmósfera tórrida y sofocante, la primera de varias expediciones de refugiados españoles que llegarían a México en busca de un asilo, atendiendo la invitación del entonces presidente, el general Lázaro Cárdenas. Entre los pasajeros del *Sinaia*¹ que iban descendiendo de la escalerilla en respetuoso orden, destacaba la figura esbelta y desgarbada de un joven de unos veinticinco años que parecía mirar con aire distraído y a la vez penetrante a la multitud entusiasta y clamorosa que iba rodeando a los recién llegados. Junto con los poetas Pedro Garfías y Juan Rejano, y el periodista Antonio Zozaya, el recién desembarcado Adolfo Sánchez Vázquez era un poeta militante ya reconocido por sus pares y mayores como una inteligencia responsable y ávida de conocimiento, es decir, de armonía comprometida y razonada. Sabía que formaba parte de una emigración singular —la de los refugiados españoles— con una particular conciencia política, moral y cultural de las razones y compromisos que lo llevaban al exilio. Si llegaban desterrados a un país —México— donde se hablaba *casi* el mismo idioma y en consecuencia algunos podían pensar que no eran del todo desterrados (y que a fuerza de buscar arraigo en el nuevo solar americano podían llegar a ser “trasterrados” para evocar la expresión que luego acuñaría José Gaos), esa primera oleada de refugiados venía

¹ *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles*, [España], FCE / Instituto Mexicano de Cooperación Internacional / Universidad de Alcalá, 1999, 165 pp.

con una aguda conciencia de sí misma y de su deber tanto hacia la idea de España —por la que habían combatido y los llevaba al destierro— como a la realidad de México y América; esa oleada humana llegaba, para decirlo con una palabra, sostenida por un sentido colectivo y alzada a la luz comunitaria. Venían —como ellos mismos se lo iban diciendo a bordo del buque— “representando a España”, a la España viva de la República, conscientes de que ante los ojos invisibles de la historia en la nueva tierra hospitalaria, no sólo debían perseverar íntimamente en su lealtad republicana sino también abrir el puño airado a la esperanza. La tierra de la España nativa y originaria, la patria, se iba alejando —como exhaló el periodista don Antonio Zozaya cuando sus ochenta años vieron eclipsarse la masa continental en el horizonte, según cuenta el propio Adolfo Sánchez Vázquez. Y será precisamente ese momento definitivo, sensitivo en más de un sentido, uno de los que interroga el poeta en sus versos del destierro con acento a la par fluido y metálico. Otras facetas claroscuras exaltadas por la canción del poeta conciernen a la silueta y el perfil del desterrado, como es el caso del significativo poema dedicado a León Felipe o, en otro extremo, el escrito sobre el anónimo renunciante que regresa derrotado a la patria humillada, quedando así —dos veces muerto— desterrado de su destierro. Si la hora del desarraigo y la intemperie puede ser también la de una nueva fundación, no extrañará que el poeta que supo acompañar la violencia de la guerra con su palabra desvelada y clarividente, vanguardista y solidaria, supiera años después, ya en México, deponer las armas para abrir el seno de su palabra a la celebración del amor y de la paternidad.

La clara lección de la guerra —esa cruel madre y maestra— auspicia el aprendizaje de una nueva humildad originaria, de una inédita canción de la concordia que estará en la raíz de la nueva fundación. Si el filósofo Platón —él mismo poeta al fin y al cabo— aconseja en *La República* expulsar a los poetas de la ciudad, Adolfo Sánchez Vázquez, lector de Unamuno, emprende su itinerario filosófico encendido por un amor discreto, ya que no secreto, hacia el fuego del poema, pues que sabe oscura y no tan oscuramente que en la raíz del poema se cifra la raíz del hombre —para citar un título y un poema de Octavio Paz cuya voz corrió como un secreto a voces entre la joven literatura que afloraba en España unos cuantos años antes de la guerra.

No deja de llamar la atención que en la biografía amistosa de Adolfo Sánchez Vázquez al parecer graviten más los poetas que los pensadores y filósofos, como si los filamentos de su sensibilidad estuviesen más dispuestos a recibir la lección de la experiencia a través de la voz lírica de Antonio Machado (recuérdese que Adolfo Sánchez Vázquez será el primero en leer el soneto que Antonio Machado le dedica a Lister), Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Juan Rejano o León Felipe que la de pensadores como José Gaos —quien fuera su maestro—, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría o José Gallegos Rocafull. Tampoco deja de llamar la atención el tacto, la delicadeza de un poeta que prefiere soslayar la luz de su lírica —que prefiere *no* llamarse poeta y limitarse a hablar de su “trato con la poesía en el exilio”— para alimentar el oficio de su reflexión y, por último, cabe subrayar la probidad del pensador que, al final de su itinerario, alza a la luz y pone sobre la mesa los versos desterrados que están en la raíz de su nueva fundación filosófica y crítica, como si la presentación de la escritura poética fuese necesaria para recordar el símbolo de la escritura como símbolo de errancia y peregrinación.

Dentro de la parca y desgarrada obra poética de Adolfo Sánchez Vázquez, los poemas del destierro ocupan un sitio clave y representan una encrucijada significativa ya no sólo en el historial de su quehacer en verso, sino como una bisagra soterrada capaz de dar cuenta de la perseverante fidelidad del autor a un cierto modo de vida, a una gramática de la creación que atraviesa la poesía y confiere sentido al oficio del filosofar y de la reflexión. En esos poemas del destierro alienta la lealtad a una experiencia y la fidelidad a un lugar específico del canto. Con motivo de la entrega del Premio María Zambrano, otorgado en Málaga por la Junta de Andalucía, Adolfo Sánchez Vázquez ha evocado el marco ético e histórico de esa lealtad alentadora de sus poemas:

Mi vida en Andalucía fue pues relativamente breve. Sin embargo, marcó toda mi larga vida hasta hoy, pues fue la realidad profunda andaluza la que generó los ideales de justicia, libertad, igualdad social y dignidad humana de la utopía socialista a la que pretendí siempre ser fiel tanto en el pensamiento como en la conducta.

Esta Andalucía profunda era la sufrida, injusta, desigual y salvajemente explotada de los campesinos que trabajaban —cuando

trabajaban, de sol a sol por una peseta al día y que se alimentaban sólo con un plato de gazpacho y era también la de los mineros que se dejaban todo aliento vital en la mina. Era la Andalucía que desahogaba sus penas en el “cante jondo” y que se liberaba de ellas en sus sevillanas y bulerías. Y frente a ella, asfixiándola estaba la Andalucía jaranera, superficial, de los señoritos, latifundistas, marquesas y generales.²

Subrayemos en esa cita la conciencia aguda que tiene el autor de la convivencia de esas dos Españas, de esas dos Andalucías que han con-vivido y con-muerto tanto en el orden histórico como, más acá, palabra adentro, en el seno de la creación poética y filosófica del autor. “La dulce y agria Andalucía”³ (que diría otro poeta de Málaga), con su tierra árida y sus campesinos y mineros explotados o desocupados, dejará en Adolfo Sánchez Vázquez más que una huella, una herida abierta en la piel del poeta que la ha sabido cantar así en la guerra como en el destierro. En los versos de Adolfo Sánchez Vázquez se dibuja, entrelineada, confiada casi en voz baja, esa música tierna e intacta del tiempo y la patria perdidas en la historia pero recobradas en el ámbito de la palabra.

Pues si el poeta guarda en su seno la canción del idioma como un ascua viva es porque esa expresión abriga lo que le queda de patria, lo que de Andalucía y España corre aún por su voz y sus venas. Así en el “reloj del alma” del poeta en el destierro, la única patria subsistente son esos sonetos, esos poemas que escribe y re-escribe de memoria y que representan un refugio último, un espacio rítmico donde solazarse y revivir su cuerpo fragmentado. El desprecio hacia los desertores y el odio hacia los enemigos forman parte de la urdimbre de este abrigo hecho de palabras, de este lenguaje que se alza como casa del ser peregrino, como emblema de la escritura errante. El otro ingrediente que recorre los poemas es la razón de amor, la gramática de la ternura y la sintaxis de la reverencia que suscita en el poeta la figura de la amada encinta

² Armando G. Tejeda, “Adolfo Sánchez Vázquez recibió en Madrid el Premio María Zambrano”, en *La Jornada*, jueves 14 de abril de 2005, p. 5a.

³ José Antonio Muñoz Rojas, “La dulce y agria Andalucía”, en *Ensayos anglo-andaluces*, Valencia, Pre-textos, 1996.

que representa en sí misma una puerta abierta al futuro, un puente esperanzado hacia el poema tácito del presente porvenir.

Prefiguración y presagio de la muerte y la esperanza individual y colectiva, la condición del desterrado resulta dos veces trágica pues que vive o se desvive en un filo donde la presencia del pasado acarrea como sombra la memoria viva del desgajamiento. Privado de su tierra y de su ciudad nativa, el desterrado, el ciudadano de una ciudad desaparecida, si no es que abolida, ha de inventarse una nueva ciudadanía que resultará tanto más exigente cuanto más fiel sea a esa conciencia de la pérdida y despojamiento que está en la raíz de la conciencia desterrada.

Paralela a esta conciencia, entrañada en ella, pulsa la de la extranjería, la de esa singularidad exógena o excéntrica que el desterrado va reconociendo como uno de los nuevos atributos de su voz. Aunque escritos en la misma lengua que decía el poeta *antes* de perder de vista —pero no de oído— su tierra, los versos, sonetos y endecasílabos que va escribiendo en los primeros años de su destierro se alzan bajo un nuevo aire y una nueva luz. Ya no son los versos estremecidos y tartamudos de dolor escritos en el aire de la guerra —como en César Vallejo o Miguel Hernández—, son ahora las palabras que ensayan el sentido en el reconocimiento íntimo de lo que perdura y sobrevive: brotando como un “agua ensimismada”, para decirlo con una frase de María Zambrano, sin saber a ciencia cierta cómo serán leídos *a posteriori* dichos versos que van encontrando a tientas, entre la noche rota de la historia, los fragmentos de un discurso amoroso, las letras dispersas de la esperanza. Los poemas escritos bajo el sol del destierro sobre la experiencia del exilio y sus protagonistas tanto como los nuevos paisajes interiores que se abren al poeta, figuran una suerte de diario intermitente escrito ya con la conciencia de que ese idioma que los dice es y no es la lengua nativa peninsular. Acaso por ello se acendran los acentos y ecos de Góngora —el de las *Soledades*— y de Quevedo, de Rafael Alberti —*Sobre los ángeles* (1929-1930). La fidelidad a la tierra soñada y defendida hasta el destierro imprime una sosegada tensión en el fraseo, una furia quieta en la increpación del desierto que se destierra del destierro, una decantada y sobria entonación en la expresión del amor y la esperanza. Es la voz del que regresa a la imposibilidad del regreso, y desde esa conciencia, a la par crítica y secreta, se dispone a

realizar una construcción. Esa conciencia es, no podía ser de otro modo, una conciencia de sentido.

Hay algo singular en el hecho de que un pensador reconocido por la congruencia y diversidad de su obra se resuelva a dar a la luz pública la obra poética que fraguó en sus años de juventud y primera madurez como un presagio o un preludio de su actividad crítica y de su filosofar. La relación entre poesía y filosofía en el itinerario vital de Adolfo Sánchez Vázquez no es desde luego fortuita. Es conocida su amistad y trato con los poetas del exilio español, su desinteresada cercanía y simpatía con figuras como Emilio Prados, Manuel Altolaguirre o León Felipe. Y son éstas dos de las notas que cabe destacar en el trazo de esta mínima semblanza poética: la simpatía y el interesado desinterés (para aludir a Schiller y a sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*) no sólo hacia las personas sino ante todo hacia las obras poéticas y, más allá, hacia el fenómeno mismo de la creación de lo poético y lo artístico. Estas instancias irracionales e irreductibles ocupan en la obra de Adolfo Sánchez Vázquez un lugar preponderante y un sitio de fundación. Es en el poema y la obra de arte donde el filósofo reconoce el espacio originario de la comunidad humana pretérita y porvenir; el poema y la obra de arte como moradas de la utopía, como espacios de “salvación” espiritual y moral de la utopía socialista y de los valores políticos defendidos en el frente y en la trinchera. Pero ese reconocimiento no se hubiese podido dar sin el trabajo realizado desde dentro de la creación, en la experiencia y la expresión de la escritura poética. Huelga decir que a su vez la publicación de estos poemas realza con un destello de autenticidad y desinteresado compromiso el filosofar de Adolfo Sánchez Vázquez, sobre todo el que atiende o merodea la cuestión estética. Como si hubiese una penúltima cortesía del filósofo en este exponer el “pulso ardiente” de su oficio lírico.

La de los hombres es una raza parecida a la de los árboles y las plantas que desfallecen cuando se les arroja del solar en que originariamente echaron raíces. De ahí que uno de los castigos más antiguos que pueda sufrir un hombre sea el del destierro. El destierro priva al individuo de su entorno natural: el aire y el paisaje en que originalmente respiró, la sociedad, la lengua en cuya memoria anida su identidad, pero sobre

todo el destierro destituye al individuo de su derecho a participar en la vida de la ciudad o país nativos y lo transforma en cierto modo en un menor de edad político pues que le arranca los derechos de opinión, decisión, asociación y participación que componen en más de un modo la mayoría de edad civil y política. No sólo languidece el desterrado de esa nostalgia por la tierra nativa perdida. El expatriamiento expone a la intemperie sus raíces más íntimas, esos hilos de la ciudadanía perdida o destituida en que se envuelve el pan comunitario. Al ser marginado, al ser apartado del centro civil, el desterrado no tiene voto ni puede con su voz participar formalmente en la vida política del lugar que lo acoge. Su voz se le adentra y entraña, y para apagarse ha de encausarse en el murmullo del monólogo que a fuerza de rumiarse se va haciendo canción, poema.

A nadie como al desterrado le queda claro que la patria del hombre es el lenguaje, que lo único que le queda de la tierra perdida al peregrino son las sílabas de ese idioma nativo que lleva en su seno como un rescoldo de aquel hogar remoto y perdido. Tengan o no como asunto el destierro, los poemas del expatriado caen del árbol roto del desarraigo. Aunque como en México se habla el mismo idioma que en España, el poeta desterrado por la derrota de la República en la guerra civil se ve llevado a descubrir que esa lengua que escribe y canta, que recuerda y recuerda para que no se extinga el fuego nativo, es y no es la misma que la que escribió y cantó mientras estaba en pie de guerra. La lengua parece haberse a la par endurecido y suavizado, parece haberse hecho más flexible y más rotunda; el castellano recordado de Málaga pero escrito en México no es ni puede ser similar al idioma de los señoritos andaluces, tampoco puede ser similar al de los campesinos pobres de aquella Andalucía estremecida por los vientos de la guerra que a Adolfo Sánchez Vázquez le tocó conocer ni puede resultar asimilable a la de los poetas coterráneos que buscaron fuera de España a la España libre, para evocar una suya escrita con motivo del homenaje al filósofo Eduardo Nicol. Por más que pudiesen adivinarse o reconocerse acentos de poetas como Manuel Altolaguirre o Emilio Prados, cuya sensibilidad le resulta afín y cuya amistad cultivó Sánchez Vázquez, en sus versos, enunciados con lengua desgarrada y labios heridos, resuena acento inconfundible. Es la voz, a la par cabal y rota, íntegra y poderosa del

poeta que no ha perdido ni la esperanza ni el amor, ni el sentido del amor y la ironía última del mundo, a pesar de haber tocado con las manos la muerte multitudinaria, la sangre, el fuego de la guerra. Esa entereza amorosa, preñada de fe en el futuro, es la que informa estos poemas del destierro. Son poemas escritos a la luz de una experiencia decisiva y un cierto sentido final, pues que el poeta-filósofo después de ellos sabrá continuar su itinerario intelectual en el terreno de las ideas y del filosofar al precio de declinar en aras de la razón —a partir de 1953, año en que deja de escribir poesía— las voces poéticas y patéticas de la experiencia vital.

¿Por qué no siguió escribiendo poemas el poeta? ¿Acaso porque presentía que esa España libre y peregrina que se asentaba en América con los refugiados de la República precisaba de toda la energía y de todas las fuerzas del pensador comprometido críticamente en la utopía socialista? Dejo esta pregunta a medio esbozar sólo para acusar la dificultad del lector crítico que ensaya alcanzar de algún modo la figura única pero compleja del poeta-filósofo que ha sido Adolfo Sánchez Vázquez. Quizá el puente entre ambos quehaceres —el pensamiento y la poesía— lo haya constituido la enseñanza, el aula donde la geometría intelectual y la de los sentimientos pueden articularse en una forma apasionada y comprensiva de transmisión de ambos saberes. Quizá por eso la figura intelectual de Adolfo Sánchez Vázquez gire axialmente alrededor de lo que George Steiner ha llamado la lección de los muertos.

En los reinos del ser pensado y cantado en México y España, la obra de Adolfo Sánchez Vázquez representa una incontestable constancia del renacimiento del agua clara del conocimiento humanístico entre nosotros.